

1 – El despertar

La luz tenue de las lámparas fluorescentes parpadeaba de forma intermitente, proyectando sombras vacilantes sobre las blancas paredes del hospital. Había un silencio casi absoluto, roto únicamente por el sonido de los monitores cardíacos, que marcaban el ritmo de la vida de quienes se encontraban al borde de lo desconocido. Fuera, la noche caía sin prisa, pero allí, dentro de aquella habitación, el tiempo parecía haberse detenido.

El despertar de Gabriel fue lento, como si estuviera emergiendo de aguas profundas dentro de un escafandro. Cada parpadeo era una batalla, como si sus ojos hubieran olvidado cómo abrirse. El mundo a su alrededor parecía envuelto en una espesa y confusa neblina, entrecortada por fragmentos de recuerdos de un día que no conseguía recordar por completo.

Se movió por primera vez en doce días, lo suficiente para llamar la atención de una enfermera que, hasta entonces, había estado distraída al otro lado de la habitación, hojeando un libro de fisiología de tapa dura, profusamente ilustrado.

Gabriel oyó sus pasos firmes y apresurados, acercándose con el característico sonido de su calzado

de goma, y enseguida sintió el tacto suave y reconfortante de su mano sobre el brazo. Por fin, la realidad empezó a cobrar forma.

—¿Gabriel? ¿Puede oírme? —preguntó ella, con voz suave, pero cargada de ansiedad.

Él parpadeó, tratando de comprender dónde estaba o si, en realidad, no estaba más que soñando. Tenía las manos conectadas a tubos intravenosos, y el olor inconfundible del antiséptico le invadió las fosas nasales. Sus labios secos se movieron, pero no salió ninguna palabra. Era como si estuvieran herméticamente sellados por una fuerza invisible.

—¡Voy a llamar al médico! —dijo la enfermera antes de salir apresuradamente de la habitación.

Durante los minutos de soledad que siguieron, Gabriel luchó por recordar. Algo iba mal, terriblemente mal.

¿Por qué estaba allí? ¿Qué había ocurrido? Los fragmentos de memoria comenzaron a regresar.

Estaba en un coche... Sí, conduciendo. No estaba solo. Clara. Su esposa. Clara estaba con él. ¿Discutían? ¡No!... Se estaban riendo.

Un fuerte impacto, el estruendo del metal retorciéndose irrumpió en su mente, seguido de un silencio ensordecedor. Después de aquello, todo quedó a oscuras.

—¿Clara...? —susurró.

Su propia voz le pareció ronca, frágil, casi irreconocible.

Su mirada recorrió la habitación hasta detenerse en la enfermera.

—Mi móvil... Enfermera, ¿podría cogerlo para mí?

—Claro, señor. Un momento. Aquí tiene.

Ella colocó el aparato en sus manos y lo ayudó a sujetarlo. Gabriel todavía tenía dificultades para mover los brazos, y hasta los gestos más sencillos requerían un enorme esfuerzo. Sobre la mesilla junto a la cama estaban sus pertenencias, cuidadosamente ordenadas.

Con el corazón acelerado, encendió el móvil y abrió de inmediato el registro de llamadas. Le temblaban los dedos mientras recorría la lista. Solo había llamadas de dos o tres semanas atrás: algunas de la coordinación del colegio donde trabajaba y otras de su amiga Helena.

Volvió a comprobarlo, más despacio, como si temiera haber pasado por alto algún detalle.

Nada.

El nombre de Clara no aparecía por ninguna parte.

Cuando el médico entró, acompañado de la enfermera, los ojos de Gabriel se encontraron con los suyos con una urgencia desesperada.

—¡Clara! —repitió, esta vez más alto, más desesperado.

El médico, un hombre canoso y de expresión contenida, miró a la enfermera antes de acercarse a la cama. Había algo en su mirada que hizo que el aire de la habitación se volviera aún más pesado.

—Gabriel, ha sufrido un accidente de coche —comenzó, con una serenidad forzada—. Ha estado en coma casi doce días.

La mente de Gabriel aún intentaba liberarse de la niebla del coma, pero oyó la palabra que más temía: «accidente».

Una opresión en el pecho se extendió hasta la garganta, haciendo casi imposible que pudiera hablar.

—¿Y Clara? ¿Dónde está? —preguntó con voz temblorosa.

El médico suspiró y agachó la cabeza durante un instante antes de continuar.

—Gabriel, su esposa, Clara, no sobrevivió al accidente.

Las palabras atravesaron el aire y se clavaron en él, resonando dentro de su mente y rebotando en todas direcciones. Era como si el universo se hubiera hecho

añicos delante de sus ojos. Intentó decir algo, pero no pudo. Era como si toda su energía vital hubiera sido drenada en un solo instante.

El silencio se apoderó de todo.

No rodó ninguna lágrima. Ningún grito rompió el ambiente. Solo había un vacío profundo y aplastante, un abismo que se abría dentro de él y que parecía no tener fondo.

El hospital, que antes había sido un lugar de paso y esperanza, se había transformado en una prisión de sonidos e imágenes carentes de cualquier sentido o importancia.

Gabriel permaneció en silencio. Su mirada, antes llena de vida, ahora albergaba una ausencia inquietante. No había dolor explícito ni desesperación visible, sino algo aún más perturbador: la completa suspensión de cualquier sentimiento, como si una parte de él hubiera muerto junto con Clara.

La única persona que insistía en visitarlo era Helena, una compañera de trabajo del colegio donde él daba clase. Con su mirada atenta y su voz serena, hacía todo lo posible por reconfortarlo.

—Gabriel... —susurró en cierta ocasión, durante una de sus visitas, mientras sostenía su mano fría e inerte—. Sé que estás sufriendo, pero estoy aquí. No voy a renunciar a ti.

Pero parecía incapaz de oírla. Su mundo estaba cubierto por una neblina de dolor. La muerte de Clara le había arrebatado algo más que su propia vida; le había quitado el futuro, el propósito. El silencio se había convertido en una forma de protesta, de duelo.

Ella lo visitaba constantemente, intentando hacerle reaccionar, convenciéndolo de que hablara, de que se desahogara, pero él permanecía en silencio.

Hasta que un día, mientras conversaban —o, más bien, mientras Helena le contaba algunas de sus aventuras de adolescencia, sus primeros trabajos y, finalmente, su etapa universitaria—, recordó que, en cierta ocasión, un novio la había llevado a participar en una experiencia; mejor dicho, en un tratamiento que él mismo estaba probando. Fue entonces cuando lo recordó y decidió sugerirle a su amigo aquella misma experiencia, convertida ahora en algo más moderno, más estudiado y mejor documentado: la Terapia de Vidas Pasadas.

—Sé que suena extraño, Gabriel. Pero quién sabe... Tal vez pueda ayudarte de alguna manera —dijo ella, con una mirada esperanzada—. Aunque no creas en nada de esto, al menos podría ser una forma de hablar sobre lo que estás sintiendo.

Gabriel la escuchó, pero no respondió. No creía en esas cosas, y la idea de la hipnosis o de cualquier

tipo de «terapia alternativa» le parecía absurda.

Pero había algo en la mirada de Helena, una insistencia dulce que ya no podía ignorar. Ella quería ayudarlo, y él mismo empezaba a estar cansado del vacío en el que se había convertido su vida.

Unos días después —y solo tras una nueva dosis de insistencia—, aceptó.

Gabriel no podía imaginar que aquel paso, aparentemente inofensivo, no sería más que el prólogo de un viaje que dismantelaría todo lo que creía saber sobre sí mismo, sobre el tiempo... e incluso sobre la frágil frontera entre la vida y la muerte.

El verdadero despertar —el que sería capaz de sacudirle el alma hasta los huesos— aún estaba por llegar.